# *Espejismos y realidades*

**Fred Halliday**, profesor de relaciones internacionales de la London School of Economics
(LA VANGUARDIA, 09/01/05)

Maquiavelo nos recuerda que el mayor error en política es confundir los propios deseos con la realidad. Y cabría convenir, en efecto, en que este criterio se ajusta como un guante a la situación presente de Oriente Medio en el umbral aún del año 2005 y, en particular, a las dos convocatorias electorales: las elecciones presidenciales hoy en Palestina y las parlamentarias en Iraq a finales de mes. Los políticos occidentales -que suelen orientar las preferencias de su agenda según sus intereses tácticos- y los periodistas -a quienes hay que presuponer bien informados- ya han echado su cuarto a espadas a propósito de las plausibles consecuencias de la muerte de Arafat y las elecciones iraquíes sobre la redacción de un nuevo capítulo en la región... Tony Blair, cuyo compromiso personal para alcanzar una solución en Palestina e Irlanda no tengo motivos para poner en duda, será el anfitrión de una próxima conferencia en Londres en el mes de marzo destinada a impulsar el proceso de negociación en el conflicto árabe-israelí. Ariel Sharon y George W. Bush, sobre cuyo compromiso en cambio para encontrar una solución justa en Palestina abrigo mis dudas, tratan de relativizar la importancia de la conferencia londinense sin dejar de referirse al año 2005 comou n año de oportunidades para Oriente Medio. No digo que no, pero no lo pienso en el mismo sentido en que lo hacen los idealistas o los maniobreros fríos y calculadores.

Empecemos por abordar algunas realidades palpables, entre las que sobresalen un par de la máxima importancia: el creciente poder e influencia de Irán en la región y la radicalización de la opinión pública tanto en el mundo musulmán como en Israel.

En el curso de una visita reciente a Líbano, Hezbollah me invitó a conocer varias de sus sedes a lo largo de dos jornadas: en una de ellas visité su cuartel general dotado de grandes medidas de seguridad al sur de Beirut, donde tuvé ocasión de departir con su segundo dirigente más destacado y principal estratega político, el jeque Naim Qasim, y conocer más de cerca ciertos aspectos relativos a la cadena televisiva árabe y musulmana Al Manar. En la segunda jornada fui el invitado de un destacado militante del partido, quien -en una conversación de 14 horas de duración sobre la lucha contra los israelíes- me obsequió con la visita guiada de Hezbollah por el sur de Líbano, incluida la execrable prisión de Khiam así como el -actualmente liberado- antiguo puesto militar israelí y castillo de las Cruzadas, el Chateau Beaufort. El jeque Naim despejó todas mis dudas en el sentido de que, aun cuando Hezbollah sea ahora un partido político en Líbano, no deja de respaldar el combate militar palestino a fin de borrar el Estado de Israel del mapa de Oriente Medio. Al hablar en estos términos, no ocultó el hecho de que Hezbollah cuenta con el pleno apoyo de Irán y, de hecho, poco después de mi visita a Líbano se reveló que Hezbollah ya dispone de cientos de misiles de medio alcance en ese país, capaces de hacer blanco sobre cualquier ciudad de Israel. Al preguntarle al jeque Qasim -sentado bajo retratos del ayatolá Jomeini y

del actual líder espiritual iraní, el ayatolá Jamenei- dónde se adoptaban las decisiones estratégicas importantes de Hezbollah, replicó sin vacilar: "En Teherán". Por lo que respecta ami guía en la visita por el sur de Líbano, me condujo a la misma frontera con Israel, que da sobre la localidad de Metula. Podíamos ver a la gente andando en sus calles. "Nos costó 22 años -me comentó- expulsar a los israelíes de Líbano. Tal vez tardaremos 40 años en echarles de Palestina. Pero lo conseguiremos". Tras sus palabras y las del jeque Qasim, la verdad es que no teníapor qué dudar de sus aseveraciones.La situación de Líbano es, en sí misma, inestable. El propio país permanece bajo ocupación extranjera, pese a la prosperidad de Beirut y el boyante turismo del país. Es posible que a Damasco le interese abrir nuevas, serias y transparentes negociaciones con Israel, pero ciertamente no se atendrá a la reciente resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que exige la retirada total de sus tropas de Líbano. La gran importancia regional de la posición de Hezbollah -así como de sus incondicionales, Siria e Irán- viene dada por la circunstancia de la notable radicalización del sentir popular en Palestina, el mundo árabe y -no en menor medida e importancia- Israel. Debido a esta radicalización, es improbable una perspectiva de cualquier negociación seria entre palestinos e israelíes. En primer lugar, israelíes y estadounidenses, por dispuestos que estén a apoyar las elecciones presidenciales palestinas que se celebran hoy, no están preparados para las -para ellos mucho más explosivas, políticamente hablando- elecciones parlamentarias a la Asamblea Nacional Palestina.

No es difícil dar con el motivo: las elecciones para cubrir unos 308 cargos municipales palestinos el 26 de diciembre de 2004 han mostrado que aunque Al Fatah, el partido de Arafat y Abu Mazen, sigue siendo el principal partido palestino, el voto alcanzado, un 44%, no alcanza el 50% necesario para darle el máximo liderazgo. Y, lo que es más importante, Hamas ganó más de un 35% de los votos: como han demostrado los ejemplos del País Vasco (Herri Batasuna) e Irlanda del Norte (Sinn Fein) a lo largo de los últimos 30 años, un voto popular constante del 15% al 20% favorable a los partidos asociados a la lucha armada basta para pretender hallarse legitimado para proseguir actuando de forma violenta y, sobre todo, para convertir la cuestión de la violencia en la cuestión política esencial del proceso político en general.

Desde las elecciones del pasado 26 de diciembre, Hamas ha hecho más campaña electoral que nunca para lograr el mandato popular que le legitime a la hora de bloquear válidas y útiles negociaciones y de proseguir con la lucha armada destinada a sabotear los esfuerzos de los sectores moderados tanto israelíes como palestinos. Y es Hamas, junto con la Yihad Islámica, la que cuenta con el respaldo de Hezbollah.

La importancia de Hezbollah para los palestinos, sin embargo, estriba sobre todo en su carácter de ejemplaridad, de *factor demostrativo*. En el caso de los palestinos radicales, el modelo e inspiración es el ejemplo libanés, es decir, la exitosa expulsión de Israel y sus aliados, las milicias maronitas, en julio del año 2000. Como recientemente me comentaba un veterano diplomático español, con dilatada experiencia en Oriente Medio, "si hablamos de *hojas de ruta,* hay que decir que la única que conocen y entienden los palestinos es la de Hezbollah, no la caracterizada por pacíficas negociaciones". Nadie es más consciente de ello

que Abu Mazen, vencedor anticipado de las elecciones presidenciales de hoy: me reuní recientemente con él en una conferencia en Kuwait, hecho en sí mismo significativo dada la historia de las relaciones entre la OLP y Kuwait desde 1990; Abu Mazen se hallaba ansioso por volver a los términos de las negociaciones entre Israel y la Autoridad Nacional Palestina del año 2000 en Camp David y Taba. Pero el mundo ha cambiado desde entonces. La opinión pública israelí ha endurecido notablemente sus posiciones de forma que Sharon se ve atacado por el plan de retirada de Gaza y ni la opinión palestina ni la árabe en general están para aceptar la clase de compromisos que Arafat ofreció hace cuatro años. Un compromiso de paz sobre la base de la existencia de dos estados, el renunciamiento palestino al derecho de retorno y la retirada israelí de Cisjordania y Gaza se reveló como propósito verdaderamente esquivo en el año 2000: en la actualidad sus posibilidades de éxito no son realistas en absoluto.

La situación en Iraq es, si cabe, la opuesta aunque de idéntico riesgo para Estados Unidos y sus aliados. En este caso, Estados Unidos y sus aliados no bloquean elecciones válidas y útiles sino que, por el contrario las promueven, como forma de legitimación democrática del sistema político posterior a la era del partido Baas. Ahora bien, Irán también promueve la celebración de elecciones dado que sus aliados, los chiíes -que constituyen el 60% de la población iraquí- y los kurdos -que son el 25%- probablemente las ganarán. Irán es, en ciertos aspectos clave, pieza central en el tablero iraquí, no Estados Unidos; al final Irán -transcurran o no años de violencia, con o sin la anuencia de Washington- se convertirá en la potencia dominante en este país. Es probable que ni los chiíes iraquíes ni el propio Teherán deseen presenciar una toma del poder completa por parte de Irán, pero sí querrán ver una reducción drástica de la influencia norteamericana, una postura iraquí militante en Palestina (Jomeini dijo siempre que la senda a Jerusalén pasaba por Najaf y Kerbala) y cambios sociales que acentúen notablemente los valores y costumbres chiíes.

Sea como fuere, Estados Unidos y Europa deberían descartar la mera idea de que a más largo plazo se hallen en condiciones de controlar la situación en Iraq. Al derribar a Saddam y disolver sus instituciones políticas y militares, han dado a los iraníes su mayor oportunidad en el escenario internacional desde la revolución jomeiní de 1979. Si siguen frustrando las aspiraciones palestinas y perpetrando gestos teatrales basados en los objetivos principales de Sharon, es posible que un día proporcionen también a los iraníes otra oportunidad en Palestina... Tal es la clase de consecuencias de decisiones políticas que Maquiavelo habría comprendido a las mil maravillas.